

Texto leído el 23 de abril de 2015 en el Instituto Mora en la Presentación del libro de Verónica Zárate Toscano, *Diálogo con historiadores. Reflexiones en torno al tiempo, el espacio y la memoria*, México, Instituto Mora, Conacyt, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, FFL, UNAM, 2014.

Eugenia Meyer

Hace apenas unos años, en 2010, me sentí como cazador cazado cuando Verónica Zárate decidió “entrevistarme”. Recuerdo la mezcla de sentimientos que ello me provocó, así como la enorme cantidad de ideas que fueron surgiendo, algunas de las cuales se quedaron en el tintero. Sin embargo, me acuerdo sobre todo de la importancia que tuvo para mí dicha experiencia.

Todo ello viene a colación porque, después de la publicación de un primer libro en 2004, *Una docena de visiones de la historia. Entrevistas con historiadores americanistas*, tenemos ahora este nuevo volumen, al cual Verónica puso por nombre *Diálogo con historiadores. Reflexiones en torno al tiempo, el espacio y la memoria*, aunque si quisiéramos ser precisos deberíamos cambiar la preposición del título, de tal suerte que quedase como diálogo *entre* historiadores.

Esto es así porque no se trata de 20 entrevistas estructuradas según las pautas de la historia oral, sino que Verónica, con el apoyo de Eduardo Flores Clair, optó por llevar a cabo una serie de grabaciones que podríamos definir como entrevistas focalizadas sobre la historia, el tiempo y el espacio, pero tengo dudas de en qué medida sus preguntas consideraron realmente la cuestión de la memoria, o si fue ésta un elemento retórico para el título del libro.

Como se advierte en la introducción, para lograr el cometido se aprovecharon reuniones académicas en diversos lugares, ya fuese Amsterdam, Budapest o México, así como las conmemoraciones del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución, y el muy sentido fallecimiento de Friederich Katz, a quien siempre recordamos y extrañamos.

Indudablemente, es loable el esfuerzo por recuperar voces diversas que dan cuenta del quehacer del historiador y la filosofía que rige nuestro oficio, al tiempo que nos ubica como protagonistas del presente frente a cuestiones como la globalización o el nacionalismo. Estas “conversaciones” con colegas historiadores parten de la trayectoria individual de cada uno, sus intereses teórico-metodológicos

y su particular forma de aproximarse a la historia en un contexto global. No se trata de dar voz a quien no la tiene; por el contrario, bajo el pretexto de la “entrevista”, se les motivó a reflexionar sobre su quehacer como historiadores. Debo agregar que el resultado es por demás interesante.

Trece de los protagonistas se dedican a la historia de América o bien de México. Los siete restantes permiten ampliar nuestro espectro y el panorama del estado que guardan la historia y la historiografía en diferentes partes del mundo. En efecto, este libro da cuenta de aproximaciones diferentes a la historiografía contemporánea.

Me complace la pluralidad pero no puedo dejar de reparar en el hecho de que aquí, como en tantos otros casos, las mujeres seguimos siendo minoría: sólo cuatro frente a 16 testimonios de hombres, circunstancia que sorprende porque precisamente en nuestra profesión lo que abundamos somos las mujeres.

Arranca Zárate advirtiéndome que la función de la entrevista es descubrir “un personaje para que, al ponerlo frente a una grabadora, la pueda aprovechar como un medio de comunicación y, a la vez, como un espejo en el que, al mirarse, pueda reflexionar sobre determinados temas y exponer sus puntos de vista”. Yo me apresuro a incidir en esta idea, que da cuenta de la funcionalidad de la historia oral y su sentido.

Discrepo de entrada en el sentido ontológico que ella da a la entrevista. En lo personal me pronuncio por entrevistar a los *sin historia* por sobre los personajes. Asimismo, no creo que se trate de un espejo en el que los profesionales de la historia se miren y reflexionen. Por el contrario, la presencia del historiador-entrevistador juega, en estos casos, un papel determinante, porque hay una idea previa, clara y específica de qué se les va a preguntar, y qué “huecos” falta llenar en el *curriculum* de los entrevistados. En todo ello, a diferencia de las entrevistas a los protagonistas anónimos, no hay improvisación, porque todos tenemos muy bien estudiado nuestro “papel” en el contexto de la profesión.

Si bien es cierto que la pequeña biografía adjunta, así como la fotografía de los entrevistados y las muy puntuales y acertadas notas a pie de página que acompañan el testimonio de cada historiador, ubican al lector en un ámbito mayor,

también lo es que el tiempo y las limitaciones en que estos encuentros se realizaron, acotaron estos diálogos entre historiadores: uno, el que preguntó; otro, el que contestó. No creo que hubiese improntas, como tampoco -salvo muy honrosas excepciones- reflexión profunda alguna. Estoy cierta de que muchos de ellos expresaron sus opiniones a boca de jarro, y que quizá, como Zárate indica, algunos se molestaron o inquietaron con el contenido de las transcripciones, o bien modificaron o agregaron ciertos comentarios aclaratorios. Y me permitiría añadir: éste es un libro para especialistas, profesionales o estudiantes, no para la divulgación, cuestión que por cierto preocupa bastante a buena parte de los historiadores presentes en la obra y creo que a todos nosotros.

Algunas de las preguntas fueron forzadas o bien inducidas, como es el caso de las conmemoraciones o la referencia a Friedrich Katz. Y, ¿en verdad los entrevistadores esperaban algún comentario diferente al que expresaron los entrevistados?

Uno de los factores más importantes en el proceso de la entrevista es siempre la sorpresa e incluso la espontaneidad. Muchos de los diálogos en este libro se antojan una puesta en escena; se recogen opiniones vertidas en diferentes partes, así como lugares comunes, y es evidente el deseo de satisfacer o complacer a quien hace las preguntas. Todos los entrevistados son muy propios, jamás hablan mal de sus pares, alaban en su caso a México y a los historiadores nacionales... bueno, hasta nos descubren virtudes que desconocemos como mexicanos.

Las entrevistas varían poco en longitud y abordaje. En el caso de los historiadores europeos no americanistas podemos encontrar una serie de temas contemporáneos de gran valor e interés con respecto a la historia que hacemos y queremos para el nuevo siglo y milenio.

Caso singular es el de Roger Chartier, a quien Zárate define como “entrevistado profesional”, término que incluso sorprende al hombre que ha abierto todo un panorama a la historia del libro y sus circunstancias. Ante la pregunta de si la manera de hacer historia está relacionada con el poder y, en consecuencia, si hay libertad para hacer investigación histórica, o persiste una rectoría del Estado, Chartier plantea las circunstancias actuales que permiten al historiador mayor

libertad: hay menor control en la producción historiográfica, así como en la elección de temas e incluso en el propósito o sentido nacionalista que impregna el oficio.

El francés advierte del posible doble papel de la historia, sea como propaganda de un régimen -nosotros tenemos aquí un sinfín de ejemplos-, o bien una historia muy oficial y controlada, que se entiende como forma crítica del pasado. Por otro lado, es contundente al referirse al “espacio real” de la historia y la capacidad de una distancia crítica. Me detengo en esta cuestión porque hubiera sido deseable aprovechar la oportunidad para ahondar en el asunto.

Ante la forma de responder de Chartier y su censura a esa tentación oficialista, tan severamente criticada, de insistir en que el pasado es mejor que el presente, quizá la autora no debió desperdiciar la oportunidad de profundizar en el tema, aunque ello implicara salirse del rigor de su cuestionario; sin duda entonces, como ahora, había y hay mucha más tela que cortar al respecto.

A lo largo de la lectura se detectan temas fundamentales: el debate de cómo se debe hacer historia, y si la historia debe dirigirse a los historiadores o a la gente común a partir de la difusión y divulgación, usando todo medio a nuestro alcance. De ahí que como otros profesionales que respondieron dichas cuestiones, Chartier se pregunte si los estudiantes son en efecto compradores de libros, sobre todo ahora, con la existencia y exigencia de medios digitales como el internet.

Y no se preocupen, no voy a hacer una reseña de los restantes 19 historiadores con los que se dialogó. Sólo recojo algunas ideas que me fueron surgiendo de la lectura. Naturalmente, mi interés se centró en aquellos colegas que han compartido el interés por México. La ventaja de los extranjeros es que, como bien decía Juan Antonio Ortega y Medina, tienen una mirada diferente para acercarse, conocer y descubrir, incluso a nosotros mismos, características de nuestra identidad cultural. Como “extraños” y “forasteros” se pueden permitir además críticas y sentencias que a los mexicanos nos han sido tradicionalmente vetadas o censuradas de diferentes maneras en distintos tiempos, aduciendo nuestra falta de nacionalismo y hasta traición a la patria.

Vale la pena señalar que, en ocasiones, los historiadores originarios de otros países se convirtieron en especialistas sobre México por casualidad, es decir,

porque les concedieron una beca y escogieron venir a México, o porque arribaron al país por otro motivo. Así, al leer el capítulo en el que Paul Garner es protagonista, recordé una serie de conceptos que le he escuchado expresar lo mismo en conversaciones personales que en conferencias: el origen de su interés por Oaxaca y luego por México, y la problemática de la tradición biográfica en nuestro país, tan diferente de la europea. Como todos, admira nuestro pasado y advierte que los mitos históricos son símbolos poderosos en la construcción de la identidad mexicana. Reflexiona también sobre el dilema que se genera al intentar la elaboración de las historias patrias, y sobre quiénes definen su sentido y su alcance: ¿los historiadores o los políticos? Tal vez habría que agregar una apostilla sobre los numerosos políticos mexicanos que intentaron apropiarse de nuestro pasado común.

Aquí posiblemente habría un tema sobre el que investigar: el de los intelectuales orgánicos a la manera en que lo planteaba Gramsci, y la grave disyuntiva de las “historias por encargo”. Asimismo, es interesante resaltar el interés y preocupación de Garner por la vivencia de la globalización y la necesidad de crear una *connected history* como la plantea el historiador indio Sanjay Subrahmanyam, quien luego de incursionar en la historia económica decidió ampliar su espectro hacia la política y profundizar en la historia intelectual y cultural, a fin de configurar un paradigma de historia global en permanente discrepancia con la macrohistoria de otros tiempos y circunstancias.¹

La lectura del “diálogo” con Serge Grusinski me resultó fascinante, probablemente porque la afinidad con sus intereses me suscitó algunas reflexiones. Por ejemplo, su aceptación de ser actor de la historia, su aseveración sobre el hecho de que “[...] ningún historiador puede escapar a un vaivén constante entre la vida académica, la labor en los archivos y la vida diaria de una sociedad dada” porque, en efecto, nosotros como historiadores somos también actores y protagonistas del presente en el que vivimos y actuamos. No en balde la revolución que ocurrió a partir de los años sesenta, por aquello de prohibido prohibir y la imaginación al

¹ Entre otros textos véase Sanjay Subrahmanyam, "Connected Histories: Notes Towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia", en Victor Lieberman, ed., *Beyond Binary Histories. Re-imagining Eurasia to C. 1830*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1997, pp. 289-315.

poder, invadió el ámbito y el nicho de los historiadores, quienes, aunque no todos, finalmente asumimos la tarea de “hacer tabla rasa del pasado”.

De ahí que las reflexiones de Grusinski me cautivaran, pues llevan a otros planos de análisis e introspección. Su interés en el ahora, en los poderes “fácticos” como la importancia institucional, cultural y política de la televisión mexicana, o la fuerza de las imágenes y la capacidad de dominar las mentes en ese proceso que se ha dado en llamar la modernización de México, frente a lo que él destaca como hipersensibilidad de los mexicanos, o lo que define como “capacidad de creación”, nos obliga a pensar en otras formas de historiar. Así se explica su voluntad por “conocer” el mundo a partir de la cultura que cada pueblo tiene y su perceptibilidad a los múltiples registros del entorno que nos rodea, y no únicamente a través de los textos escritos. Todo ello, como resultado de la globalización que nos avasalla y de la cual en ocasiones ni siquiera somos protagonistas conscientes.

Otras voces, como la de Eric Van Young, insisten en definir la historia de México como “monumental, violenta y dramática”. Aquí cabría la pregunta de si no todas son así. El historiador estadounidense refiere que “una sociedad sin memoria es un sociedad amnésica”, lo que me recordó aquella consigna de Reyes Heróles, el intelectual, el ideólogo, quien sentenció que un pueblo sin memoria es un pueblo sin historia.

No es de sorprender la forma puntual y precisa en que expertos tan reconocidos como Alan Knight advierten que la revolución terminó en los cuarenta como movimiento o como revolución hecha gobierno, y al mismo tiempo defienden la perspectiva tradicional, advirtiendo que “a veces... ésta es correcta”. Evidentemente, su cercanía intelectual con E. P. Thompson, Christopher Hill o Eric Hobsbaum, lo llevó a interesarse más en los movimientos populares, las revoluciones y la formación de la clase obrera. Esto quizá le permitió concluir que los especialistas debemos estar más cerca del gran público y generar la divulgación de la historia. Persiste entonces la disyuntiva entre la historia para todos o para expertos. Nuevamente la “cientificidad” parece estar reñida con la difusión y la divulgación de la historia. ¿Cómo combinar o integrar todo ello?, he aquí el dilema.

Y como cada quien lleva siempre agua a su molino, debo reparar finalmente en mi extrañeza porque al parecer ninguno de los dialogantes reparó, o se detuvo en el binomio de la memoria y el olvido, como dos elementos determinantes del quehacer histórico. Creo que una y otro humanizan la historia y nos obligan a los historiadores a detenernos y propiciar permanentemente un diálogo con el pasado a partir de las memorias y los olvidos voluntarios o involuntarios, conscientes o inconscientes.

Sin duda, lo que en muchas ocasiones nos falta a los historiadores mexicanos es un horizonte más amplio, dinámico, que los *otros* tienen sobre nuestro devenir. Todo ello da paso a la conformación de una polifonía desprovista de dogmatismos, aunque probablemente también de ciertas pasiones, fobias y filias, porque en estas páginas todo parece ser miel sobre hojuelas y me pregunto si en verdad este escenario idílico no es mera ilusión o ensoñación.

Quizá también la lectura de este texto refuerza la propiedad dinámica de la historia y la necesidad del debate. Las “olas metodológicas” se vuelven acicates para buscar nuevas formas, nuevas historias, en la singular tarea de generar el dinamismo propio de la historia, pues tanto la conseja como la consigna confirman que la historia está siempre en construcción.

¡Enhorabuena Verónica!

23 de abril de 2014